

una sola la voz, la batalla al caciquismo ha de ser grande y de efecto; pero no hay que olvidar, y por eso prevenimos, que tiene en su mano el poder oficial, y si contados somos mayores en número, es preciso que á la pelea vayamos juntos, apiñados para conseguir la victoria.

El grito no puede ser más unánime, no puede ser más espontáneo, no puede producirse en ocasión mejor, pero hay que repetirlo, hay que darle todo el impulso, toda la extensión que tenga la voz, para que su eco llegue á todas partes, y compenetrados los individuos de la razón que asiste, sin rencilla alguna repetirlo y repetirlo hasta que por sí y como hijo de la opinión, que todo lo es y lo puede todo, alcance estirpar ese cancer social que tantos daños causara.

¡Abajo el caciquismo! ¡Viva la recta administración, la independencia, la libertad! Ese es nuestro clamor, ese el del pueblo, esa la enseña que nos arrastra á la lucha y la que nos dará la victoria.

## EL HOGAR Y LA ESCUELA

Si buscamos el origen de nuestras desdichas nacionales, si analizamos la causa del desequilibrio intelectual que se nota en nuestro país, iremos á parar á la escuela y de ella al hogar.

Todo es hablar de cultura, de ciencia y de progreso; pero nadie quiere marcar el verdadero, el único camino, que puede conducirnos á la perfección del hombre y que debe ser el desideratum de toda sociedad.

Una sociedad no se transforma con predicar una serie de ideales regeneradores desde la prensa y la tribuna; esto sólo produce fuertes sacudidas en la opinión, pero no es ni puede ser la base donde descansa el organismo de una perfecta sociedad. Los pueblos que van á la cabeza del progreso, como Inglaterra, Bélgica y Alemania, supieron hallar el verdadero origen de su bienestar material, debido únicamente á la superioridad de su instrucción. Descendieron hasta la escuela primaria, para difundir por todos los ámbitos de sus estados una enseñanza sólida y positiva, y se esforzaron para que el hogar doméstico marchase de común acuerdo con la escuela, á fin de que los tiernos escolares de ambos sexos hallasen en el seno de la familia la misma atmósfera que en la clase y el mismo afán de saber y de prosperar.

Conocieron que la escuela debe desarrollar el corazón y el cerebro de los alumnos, abriéndoles el primero á todos los sentimientos humanitarios, altruistas y generosos, y el segundo á todas las luces del conocimiento humano, y dando á la escuela la categoría de templo del saber, la sublimaron á los ojos de su país, para que todos se creyeran honrados con frecuentarla. Allí se cuida con extraordinario esmero la primera enseñanza, allí se trabaja para destruir el analfabetismo y extender por todos los ámbitos de la nación, los conocimientos más indispensables para ganarse el pan cotidiano con alguna facilidad, y como esto se viene haciendo desde muchos años el hogar se ha convertido en una sucursal

de la escuela, donde el niño completa y robustece los conocimientos que ha recibido en las horas de clase, y al lado de sus padres aprende á ser laborioso y perseverante.

Inútil es decir los excelentes frutos que ha dado en los países septentrionales de Europa esta íntima unión, este hermoso enlace del hogar y la escuela. Todas las geografías, todas las estadísticas, nos enseñarán la riqueza de dinero y de conocimientos que atesoran Bélgica é Inglaterra, y más aún Alemania, la tierra estudiosa por excelencia.

No, la reforma apetecida, la regeneración anhelada de la infeliz patria nuestra, no vendrá, porque no puede, de las altas esferas. No hay leyes, no hay decretos que ilustren y robustezcan una raza estragada y abatida; es preciso sembrar y sembrar mucho para conseguir alguna cosecha, y toda vez que es imposible trabajar para hoy, se debe trabajar sin tregua ni descanso para mañana.

Los niños de ahora serán dentro de poco hombres, y se hallarán en la misma perplejidad, en las mismas dudas en que nos hallamos nosotros, si no les allanamos el camino dándoles una instrucción abundante y sólida, como se prodiga en los países cultos.

En países como el nuestro, en que todo es eventual, hasta el poder; en que es imposible por lo mismo esperar nada de arriba, porque no hay deseos de trabajar para el porvenir, la iniciativa particular debe suplir en lo posible la inercia oficial; esta iniciativa particular que siempre está provista de sentido práctico, debe multiplicar las escuelas, montándolas á la moderna, esto es, alejándolas de la rutina, y haciéndolas capaces de producir hombres perfectos, ciudadanos dignos y obreros fatigables; debe empujar á los gobiernos para que tomen parte en esta verdadera campaña de regeneración aumentando las escuelas primarias existentes y montando otras especiales, de artes y oficios, de industria, de comercio, de idiomas; donde el pobre pueda hallar gratuitamente todos aquellos conocimientos que le son indispensables para prosperar.

Cuando se haya hecho esto diez años consecutivos, cuando la juventud española sepa leer, escribir y contar correctamente, el nivel intelectual de la masa se levantará por sí solo, y el hogar será, como debe ser, el digno complemento de la escuela.

Porque en un país haya gente ilustrada y estudiosa, no se debe creer que el país sea estudioso é ilustrado; hay que acudir á la lista de los analfabetos y después analizar la instrucción que se da en la escuela y la educación social que se recibe en la familia.

Si queremos preparar á nuestros descendientes una vida más productiva que la nuestra y un nivel moral é intelectual digno de la época en que vivirán, debemos procurar con el mayor esmero que nuestros hijos reciban una instrucción fructífera y copiosa, haciendo al propio tiempo lo posible para que en el hogar paterno hallen á cada punto el auxilio necesario y el estímulo correspondiente para perseverar en la carrera del saber.

Las riquezas se pierden y los conocimientos quedan, y la práctica de la vida nos enseña á cada paso que los conocimientos son siempre las llaves con que se guardan los tesoros imprevistos.

M. M.

## MICROSCÓPICAS

### UNA AUTOPSIA

(Del natural.)

Desde la ventana de mi elevada habitación he presenciado, nervioso y melan-

cólico, la operación insanguinada y fúnebre, antipática y sublime, cruel y humanizadora.

Distínguese desde aquella el cementerio.

En el suelo, y sobre el grietado revés de una vieja y negruzca caja de ánimas, yace el cadáver de un hombre joven y hermoso. La muerte, extendiendo su amarillento y mármoleo velo sobre el rostro del mancebo, no ha borrado la radiación de la juventud y aún se esbozan en la rigidez muscular las perfectas líneas de la hermosura. Inspira simpatía y compasión. Es una de las eternas víctimas. Ha pocas horas vivía amando que es doble vivir. Amaba á una mujer y dábale Amor fortuna.

La hoja de un cuchillo, certeramente asestado, certó en un instante una eternidad de amor en el alentoso pecho del que ya no alienta, y el eterno morder de horribos celos en el pecho de otro hombre que, desalentado y rabioso, pesaroso y satisfecho ruje y reza ya en presidio.

Dos hombres, que á la distancia que los veo semejan dos sombras que se agitaran en danza macabra, graves, activos, impasibles, dislaceran el pobre cuerpo muerto. Parece que oigo el crepitar de la pálida carne cediendo bajo el acerado filo del escalpelo, y críspa mis nervios, con impresión mortificante y extraña, la imaginaria percepción del ruido seco y opaco del golpe breve y enérgico con que, al chocar el martillo sobre el escoplo, van desarticulando el duro soldamento del cráneo, hasta que, al fin, cruje todo él al abrirse, con crujido semejante al de una granada violentamente abierta.

Y aquellas sombras, los médicos, acrecen, siempre serenos, en buscar la luz; en buscar el secreto, la causa próxima y remota de la muerte de aquel organismo tan hermoso y bien equilibrado en su estructura y textura anatómicas para vivir, para seguir viviendo.

Y escudriñan las maravillosas reconditeces de las vísceras y ponen, arrancándole, al descubierto el corazón. Hallanle hendido, horriblemente hendido, desde una aurícula á un ventrículo. Y poniendo el bisturí en la ancha raja, examinándola, como el que pone el dedo en la Uaga, sin vacilar, concienzudos y satisfechos, emiten después dictamen haciendo en él constar las causas determinantes, próximas y remotas, de aquella muerte. Y los médicos prestan un nuevo servicio á la Ciencia y á la Justicia. Y el cadáver se entierra. Y el matador sigue rezando y rugiendo en el presidio...

¡Pero la causa, la verdadera, la eterna causa de todo aquello, sigue en pie...

Desde la ventana de mi elevada habitación se ve el cementerio. Mirad conmigo...

Ha pasado algún tiempo desde que se hizo aquella autopsia. Una mujer dirige su planta, por el dolor insegura, hacia aquel sagrado recinto. Llega á una tumba; deposita en ella una corona; más bien de arrodillarse, cae de rodillas; de la augusta palidez de su rostro parece irradiar la luminosa aureola del martirio de un dolor sin consuelo, y mientras que sus labios trémulos vaibucean una plegaria, muda en su dolor, dolorida en su angustia, angustiada en sus recuerdos, va á dar, desvanecida, con la frente en la cruz que se alza opaquella tumba y que á la vacilante refracción de los albores del matinal crepúsculo parece dilatar sus brazos amorosos.

Aquella mujer... ¡es la madre del infeliz autopsiado!

Desde la ventana de mi elevada habitación se ve la alameda que circunda al cementerio. Mirad conmigo...

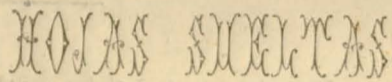
Una mujer, joven y hermosa, pasea: lleva al lado á un galán que la enamora, y, aghena á toda pena, indiferente á todo recuerdo, sonríe satisfecha y orgullosa, feliz una vez mas con aquel rendimiento que la envanece.

Aquella mujer es... ella. La novia de aquel que perdió la vida, porque ella le empujó á la muerte al probar el temple de su amor viril y ardoroso.

Y así continúa, en pie, paseando triunfante, altiva, risueña y atrayente, esa eterna causa, encerrando en la adorable caja de su cuerpo virginal el infecto cadáver de un alma huérfana de bien y amor, hasta que rescucite al amor y al bien al ósculo fecundo de la augusta maternidad.

LUIS DE ARCE GODINEZ.

Madrid Marzo, 1903.



En las negras pupilas de tus ojos vive toda la luz de mi esperanza; y en el dulce calor de tu sonrisa todo el calor que necesita mi alma. Lo eres para mí todo, la ventura, la fe, la dicha, la ambición soñada, ¡todo!... y eres mujer. Y aún hay quien dice que es juego propio sólo de la infancia eso de hacer castillos con los frágiles naipes de una baraja.

Yo te he visto reír y era la risa sobre tus labios húmedos y frescos un preludio de amor instrumentado por un chico travieso. Te he oído suspirar y era el suspiro que á mí traía tu agitado aliento, una esperanza envuelta en un perfume, una promesa que se vuelve beso. No te he visto llorar; y en ver tu llanto se cifran mi ambición y mi deseo. Yo quiero que una lágrima, una sola, brote del fondo de tus ojos negros, y después de rodar por tu semblante se detenga en tus labios entreabiertos. ¿Sabes por qué la pido, vida mía, y para qué la quiero? Pues oye. Para hurtarla de tu boca con un beso de amor: sólo para eso.

JOAQUIN DICENTA.

## CARTA DE MADRID

Señor Director de LA OPINION:

Mi distinguido amigo: Cada vez me voy convenciendo más de que no hay cosa mejor en el mundo que adquirir un nombre para que todos lo respeten y lo que haga sea siempre admirado por la gente aunque sea malo.

Esto se me ocurre después de haber presenciado el estreno de *El corneta de la partida*, última obra de Sellés, el académico, el célebre autor de *El nudo gordiano*. ¡Qué mal se avienen estos dos títulos! Uno tan hermoso, otro tan chavacano. ¡Sellés, ¡inmortel como le llamarían en Francia, estrenando una obra en el Teatro Cómico!

Y con perdón de los prestigios del autor de *El nudo gordiano* he de decir que la obra no me gusta, es mala. Y como no basta que yo lo diga, ahí va el por qué.

Es mala, en primer lugar, porque el público ya la había rechazado aunque con otro título en el Teatro Apolo de esta Corte. Y la había rechazado